

EL SECRETO DEL RÍO EBRÓN

Hoy, me he despertado a una hora en que las calles están vacías de sonidos a excepción del vuelo y canto de los pájaros. Mientras preparo el café, observo la ventana de la vieja casa abandonada de mi vecina. Se apoya en las paredes de la mía, cansada, con su fachada llena de desconchones, como las arrugas y las manchas de la cara de los pocos ancianos que aún quedan en Castielfabib. En la ventana, hay un oxidado tendedero en cuyas cuerdas deshilachadas se balancean golondrinas. Es mi ritual de cada mañana, observar esas livianas aves asustadizas y desayunar. Sigilosa las contemplo casi conteniendo el aliento. Podría alargar mi brazo y acariciarlas pero cualquier movimiento las alertaría de mi presencia y alzarían el vuelo, quedándome a solas con mis pensamientos...

Mi madre aún descansa en su habitación. Tendría que recordarle que ya es hora de levantarse...y de desayunar...y de vestirse...y de qué día es hoy...y de tantas cosas!

Suena el bando jotero del ayuntamiento que me ayuda en la tarea de despertarla. Nos informa el alguacil que comienzan las paradas musicales, donde una improvisada y juvenil banda nos ofrece diferentes interpretaciones. También nos recuerda que hoy es la noche de los cuentacuentos.

El verano pasado yo fui una de estos modernos juglares y leí un cuento de los que la comisión de fiestas nos proporcionó, pero en esta ocasión se ha optado por la libre elección de la historia.

-¡Menudo aprieto!- pienso.

Se lo comento a mi madre, que se está decantando por la cuchara en vez del cuchillo para untar la mantequilla, sin grandes esperanzas de que me ayude en mi literario dilema. Pero esta mañana mis palabras parecen haberle llegado

correctamente y la oigo musitar:

-El río Ebrón. Explica el cuento de "El secreto del río Ebrón", antes de que se te olvide ...

- mamá, no sé de qué cuento me hablas. Está escrito en algún libro de esos sobre Castiel que hay por la casa?-pregunto.

-¿qué libros? yo no tengo ningún libro...

Contengo mis nervios pues aflora de nuevo mi desconocida madre...

- mami, cómo que no tienes libros de Castiel?- intento hacerla volver- buf! voy a ver ...

Nada, rebusco entre las páginas de todos los que encuentro, pero ninguno menciona fábula o cuento sobre el río Ebrón.

El caso es que me suena que mi abuela nos explicaba pequeñas historietas. Como cuando se escapaba por la ventana las noches de baile en la plaza porque no la dejaban salir a esas horas!. Siempre me pareció que me enredaba pues ¿qué ventana sería si la casa solo tenía dos en aquella época ...Debe ser hereditario lo de fabular e inventarse cosas!!!

- Bueno, explícame ese cuento del río Ebrón-le digo sin grandes expectativas.

- Mi abuela me decía que si querías saber qué te deparará el futuro- proseguía mi madre- tenías que bañarte en el río...

-Ah, espera -la interrumpí- ¡creo que me acuerdo! la abuela contaba que había que ir por la carretera hacia los malecones y seguir por el sendero que sale a la izquierda, antes de llegar a los cerezos del tío Faustino y pasar por debajo del puente y seguir el cauce seco hasta encontrar el río, ¡sí, eso es! Había una pequeña poza que cubría justo hasta la cintura. Tenías que ir a ese lugar y esperar a que el sol comenzara a ponerse y en el instante que su luz matizara de colores rojos y amarillos la poza, había que sumergirse y observar si el río te devolvía tu imagen e interpretar el misterioso reflejo- concluí.

Recuerdo que fascinada e intrigada por esta historia, me acerqué con mi amiga Marta un día de mi catorceavo cumpleaños. Comenzábamos ambas a estar enfadadas con el mundo, a querer cambiarlo, a suspirar por aquel chico con moto o por aquel otro que se parecía a aquel cantante...Pasamos la tarde riendo, compartiendo confidencias.

Marta sabía escuchar y tenía facilidad de palabra y de darle un giro a todo, darte nuevos puntos de vista. Esperamos al momento en que las hojas de los árboles y las piedras se tiñeron de amarillo y nos bañamos en la poza. A carcajadas buscamos en el espejo del agua, no

sabíamos exactamente el qué. Solo alcanzamos a ver el reflejo de dos niñas que comenzaban a dejar de serlo.

Muchas tardes de muchos veranos, volvíamos a la poza con la pandilla que habíamos formado durante los días de piscina y durante las noches inacabables en la plaza comiendo pipas y charlando sobre lo primero que se terciara.

Isa y Teo, los cocinillas del grupo, nos preparaban el avituallamiento comprado entre todos. Javier nos amenizaba las tardes con su guitarra y el resto añadía sus voces cantando. Pedro nos hacía reír con sus imitaciones y sus chanzas. Yo misma hacía de enfermera cuando alguien se cortaba con las latas de comida o se resbalaba al intentar cruzar el río sobre las piedras cubiertas de musgo. Inés, "la mamá" del grupo, la responsable, había tenido que crecer más rápido que el resto por la ausencia de su padre. Ella nos prevenía de los riesgos, nos advertía de la horas, que se nos pasaban una detrás de otra sin darnos cuenta, tanto que muchas veces nos olvidábamos del momento en que nos teníamos que bañar en la poza para descubrir el misterio del Ebrón...

Poco a poco fuimos creciendo y olvidando esa historia del río. La vida se aseguró de que cada uno emprendiera su camino. Algunos tuvieron caminos tortuosos, otros laberínticos que parecían conducir siempre al lugar de partida. En ocasiones se cruzaban unos con otros y en otras muchas se alejaron para siempre, o incluso se terminaron...

Algunos de estos amigos nos seguimos reencontrando cada verano.

Cada uno lleva su mochila de experiencias vitales, en la que vamos guardando emociones, recuerdos, sonidos, olores, sueños, deseos, heridas...

Yo había olvidado esta historia que mi abuela me contaba.

Hasta hoy.

Al recordar lo vivido en aquellos veranos, se me ha desvelado el secreto: en aquel río, en aquellas tardes de aventuras, cada uno dimos lo mejor de nosotros. Fuimos descubriendo nuestros talentos ocultos que años después nos han convertido en las personas que hoy somos: enfermera, psicóloga, cocineros, maestros, artistas, gestores...y sobre todo amigos entrañables.

Mi abuela era muy sabia.

